

Memoria de las memorias (24 de marzo de 2006)

Llego de Estados Unidos y aterrizo en Ezeiza el 20 de marzo. Es un viaje como tantos otros en los últimos veinte años desde que me fui del país. Pero es diferente porque vengo por primera vez a marchar un 24 de marzo.

(...)

El miércoles visito la cárcel de La Plata donde estuve preso entre noviembre de 1978 y enero de 1981. Este es uno de los momentos más esperados y a la vez temidos de mi viaje. La noticia llegada por internet decía que ex presos y familiares se iban a reunir frente a la Unidad Penitenciaria No. 9 para colocar una placa en homenaje a los compañeros allí muertos, y que los ex presos podrían ingresar al pabellón número uno, el célebre Pabellón de la Muerte de donde se sacaban detenidos para fusilarlos. Cuando llego a la U.P. 9 en taxi, ya hay unas doscientas personas reunidas frente al portón de acceso a la cárcel: unos veinte ex presos junto a familiares, periodistas, vecinos y activistas de derechos humanos. Me doy cuenta cuando camino hacia la pequeña multitud de que allí está el lugar sobre el que tanto pensé durante décadas, y que por primera vez voy a verlo por fuera, ya que el día que me liberaron apenas alcancé a prestar atención a lo que me rodeaba y me alejé casi corriendo. Me sorprende la relativa insignificancia de la construcción: el muro perimetral que a veces se veía desde el patio de recreo no es demasiado alto, y parece más bien una gran medianera que una verdadera barrera de contención; las garitas de la guardia en las esquinas son también pequeñas y poco sofisticadas, apenas un cubo de cemento con paredes descascaradas y una simple ventana de vidrio. Las casas que rodean la cárcel son a su vez humildes y típicas de un barrio de clase media venida a menos. Poco a poco se va instalando en mí una idea que luego se impondrá con fuerza en el interior de la cárcel: ¿y este vulgar edificio es el temible monstruo que nos alojaba y nos obligaba a vivir con el temor permanente al castigo y a la muerte? ¿Estas paredes irrelevantes y pobres son las que veían los familiares cuando venían a visitarnos en aquellos años? ¿Frente a este portón sin nada en particular que lo distinga se formaban en fila mis padres y mi hermano Gustavo cuando nos traían libros y algo de dinero, sometidos al desprecio y las requisas humillantes de la guardia externa?



La gente se dirige hacia la esquina donde el cartel señalizador dice que se cruzan las calles 76 y 10. Allí se hace un pequeño acto y se rebautiza la calle con el nombre de la madre desaparecida de un ex preso, quien fue secuestrada por tratar de organizar a los familiares. Su hijo, el ex preso, dirige la palabra a la multitud mientras se coloca una placa con el nombre de su madre, y se refiere a ella por el nombre propio y no como "mamá" o "mi madre"; ese distanciamiento emocional me parece curioso y pienso que cada uno tiene sus propias maneras de lidiar con sus fantasmas. Algunos periodistas rodean a un hombre de pelo canoso y lo entrevistan: más tarde me entero que se trata del canciller argentino que también estuvo preso en La Plata. Luego, nos dirigimos a la puerta principal de la cárcel y sobre una columna se descubre una placa con los nombres de una docena de presos que murieron en la U.P. 9 y otra docena de familiares y activistas desaparecidos. Entre ellos está el nombre de Alberto Pinto, el riocuartense que vino con nosotros cuando fuimos trasladados desde Córdoba en un avión militar, atados, vendados y recibidos en La Plata en medio de una golpiza inolvidable; meses más tarde, en una celda de castigo, Pinto tuvo un ataque de epilepsia en medio de una paliza y los guardias, creyendo que simulaba, lo siguieron pateando en el suelo hasta que lo mataron. El nivel de emoción de los asistentes sube cuando la viuda de uno de los fusilados habla y recuerda con lágrimas pero con firmeza a su esposo. Entre los ex presos, todos de cerca de cincuenta años y uno con bastón, algunos levantan el puño cerrado y otros hacen la

V peronista con dos dedos, en una repetición fiel de las certezas ideológicas que hace tres décadas nos unían o desunían.



Se anuncia que a continuación los ex presos y sus familiares ingresarán a la penitenciaría y visitarán el Pabellón de la Muerte, mientras que el resto de la concurrencia deberá dirigirse a la parte trasera de la cárcel donde se hará una peña folclórica. Es la hora de la verdad, me digo, mientras se abre la primera puerta y comenzamos a ingresar en fila: voy a ver el pabellón donde pasé tantos momentos amargos y alguno que otro feliz. A mi alrededor, los ex presos intercambian chistes y se ríen —“¿a qué hora es el rancho?” “ché, decile a la fajina que me traiga un poco de yerba de la 14”— y me doy cuenta de que es una manera de romper la tensión creciente. Hay un aparato detector de metales pero en la confusión reinante todos lo ignoran y pasan por un costado. Cuando atravesamos la segunda puerta y penetramos en lo que ya es el interior del edificio, sin que ningún guardia nos revise o tome datos, no puedo menos que pensar: “¿cómo van a saber luego quiénes tienen autorización para salir, cómo evitarán que algún preso se disimule entre la gente y se les escape?”



Unos empleados sentados detrás de un escritorio con una computadora vieja, otra puerta de rejas, y de pronto allí está el pasillo que une los pabellones, ahora sí nítido e idéntico al que creía recordar. Dos o tres metros, y a nuestra izquierda y derecha se levantan las rejas que conducen a los pabellones 1 y 2. De pronto, me golpea una revelación sorprendente: todo el tiempo que pasé en el pabellón 1 no me di cuenta de que la calle estaba literalmente a unos 30 ó 40 metros, casi al alcance de la mano y sin embargo tan remota en lo que a mí concernía como si estuviera en otro planeta. También caigo en cuenta de que el 7 de enero de 1981, el día que me liberaron, los trámites de identificación, la entrega de papeles, la devolución de mis ropas civiles y la espera en un salón con otros liberados para ir saliendo de uno en uno, hizo que me llevara varias horas recorrer ese corto pasillo y pasar las pocas puertas que me separaban del mundo: también por eso la distancia desde las celdas a la calle me parecía inconmensurable. Camino esos pocos metros en un tiempo que es no-tiempo. Parte de mí quiere mirarlo todo, otra parte quiere registrarlo con las cámaras fotográficas que llevo. No sé qué pensar, estoy estupefacto porque si bien es verdad que estoy emocionado, algo en mí se siente defraudado por la nimiedad que transmite ese entorno de paredes viejas y barrotes pintados de verde. Es algo así como el alivio mezclado con frustración y rabia de los personajes de "El mago de Oz", cuando descubren detrás del cortinado a un hombrecito insignificante y se dan cuenta de que el temible mago de voz intimidante no era más que un truco y una farsa.

Recuerdo la tensión cada vez que nos llevaban a la enfermería o al locutorio de visitas, cuando teníamos que desnudarnos en el pasillo ante

un guardia y mostrarle todos los intersticios del cuerpo —boca, axilas, ano, testículos— siempre con temor a que un movimiento brusco o una mirada mal interpretada pudiera significarnos un castigo en los chanchos. O el miedo inconfesable pero evidente que tuvimos aquella noche en que nos sacaron del pabellón y nos llevaron a un patio, con el fantasma innombrable de los antiguos fusilamientos nocturnos rondándonos la cabeza, hasta que el misterio se dilucidó: era para hacernos nuevos documentos de identidad a los que los habíamos perdido. O el cuidado extremo en caminar por el pasillo con la cabeza gacha y las manos atrás, sin mirar a los costados y mucho menos a un oficial, cuando nos llevaban al patio para las dos horas de recreo, con miedo a perder ese pequeño esparcimieto por culpa de un guardia quisquilloso. Con todo lo horrible y asfixiante de los tres metros por metro y medio que constituían las celdas en las que pasábamos encerrados 22 horas por día, allí de algún modo nos sentíamos protegidos —aunque fuera una ilusión, y a pesar de la mirilla por la que nos controlaban. En el pasillo, en cambio, estábamos siempre sujetos al capricho de los guardias y a la incertidumbre de sus humores cambiantes. Por eso, al recordar todos los pequeños terrores que el pasillo nos generaba y al ver ese mismo pasillo ahora redimensionado, disminuido, casi intrascendente, me siento en cierto modo estafado pero a la vez aliviado como si me hubieran quitado un enorme peso de encima. Como quien vuelve a encontrarse con la mujer que le obsesionó e hizo sufrir para comprobar que en realidad no era tan bella ni tan inteligente como uno creía. Y pienso ahora (no lo pensé en ese momento): ésta es también la banalidad del mal de que hablaba Hannah Arendt, la constatación de que todo gran criminal no es en el fondo sino un hombrecito mediocre e insignificante, todo sitio del horror es un lugar común e idéntico a cualquier otro.

Por fin ingresamos al pabellón 1, y los ex presos y sus familiares comienzan a entrar y salir de las celdas abiertas cargados de máquinas fotográficas y de recuerdos. Los que están con sus hijos adolescentes les van contando cómo era: aquí estaban las dos cuchetas, aquí el inodoro, por este hueco en la puerta nos pasaban la comida. Me pregunto qué pensarán esos chicos que seguramente están en la edad de la rebeldía contra los padres pero a la vez se sorprenderán y los admirarán un poquito al imaginarlos encerrados en este sitio horrible. (Mi padre estuvo siete meses preso durante el primer gobierno de Perón pero nunca nos contó nada, y no sé si calló por timidez, prudencia o decoro). El pabellón 1 se usa ahora para visitas conyugales, por lo que cada dos celdas se han convertido en una más grande, con espacio para una cama matrimonial y un bañito con ducha. Escucho repetir a los ex presos una y otra vez para que lo oigan sus familiares: esto es el doble del espacio que teníamos, en la mitad de esto convivíamos dos personas casi sin espacio para movernos. Lo dicen casi con indignación porque se les ha robado la verdadera dimensión de lo que significa vivir con otro ser humano —a veces un buen compañero, a veces un loco, un obseso o un imbécil— en un sitio en el que literalmente apenas cabe hoy una cama matrimonial de las pequeñas. Aun así, a pesar del relativo “lujo” de dos viejas celdas

convertidas en una, el espacio es sofocante, oprimente, y es notorio el alivio de las personas cuando reemergen al pasillo central. (Pienso más tarde que quizás hay un bello símbolo en el hecho de que en estas mismas celdas de donde se sacaron seres humanos para matarlos, tal vez ahora se gestan nuevas vidas sobre los colchones percutidos de las visitas conyugales).

Las puertas sólidas y estrechas son las mismas, los mismos pasaplatos, y aunque ahora están abiertas recuerdo la sensación de clausura definitiva cada vez que al volver del recreo el guardia las cerraba con un golpe sonoro seguido del correr de la traba y el click metálico del candado. Los ex presos tratan de identificar la celda exacta en que estuvieron, los más memoriosos recuerdan el número exacto y otros, como yo, rebuscan en el recuerdo sin estar seguros. Un ex preso coloca una tarjeta sobre la puerta de una celda donde asegura haber estado, y otros se acercan a leerla y comienzan a reír aprobatoriamente: la tarjeta dice "Diputado de la Nación" debajo de un nombre. Pienso que si hace 30 años alguien nos hubiera dicho que entre nosotros, todos muchachos veinteañeros entonces ocupados en sobrevivir de la mejor manera posible, habría en el futuro un canciller y un diputado que volverían a visitar sus viejas celdas, nos habríamos burlado por lo fantástico de la proposición.

Entro a una celda del ala izquierda y por la ventana veo lo mismo que vi hace casi tres décadas: el bajo edificio de la enfermería a una decena de metros, y entre ambas construcciones una minúscula franja de tierra y pasto. Me doy cuenta de que entre todos los recuerdos éste es el que más vengo buscando. Hubo en aquel tiempo unos meses en que, por esos azares de las redistribuciones internas de presos, me tocó estar solo en una celda de este lado, con la vista extraordinaria del trocito de pasto y el silencio de las tardes todo para mí. No era habitual no tener compañero de celda, y las opiniones estaban divididas sobre la conveniencia o desventajas de esa situación, ya que si por un lado eran muchas las horas del día que un compañero ayudaba a llenar con su charla y su mera presencia, también eran muchas las horas en que el alma (incluso el cuerpo) necesitaban de una cuota de soledad. Tantos años de orinar y defecar frente a otra persona nos habían insensibilizado a ascos y prejuicios, pero también la soledad forma parte de nuestro ser gregario. Por eso, el día que me trasladaron solo a esa celda del ala izquierda le di la bienvenida a la oportunidad de tener unos meses de relativa comodidad. Y cuando por primera vez miré por la ventana de aquella celda (el gesto típico e inmediato de todo preso que apenas entra a un nuevo ambiente evalúa en un instante el territorio que lo alojará) vi la maravillosa franja de pasto con unas minúsculas flores silvestres y unos humildes gorriones. Hacía dos o tres años que no tenía pasto tan a mi alcance (todos los patios en que había caminado eran de tierra o cemento), y el efecto del sol de la tarde sobre el verde fue deslumbrante. Recuerdo haber pasado algunos de los mejores momentos de mi vida carcelaria mirando por la ventana de esa celda, interrumpiendo la lectura de algún libro para mirar una y otra vez. Y recuerdo nítidamente (estoy seguro de que no es uno de esos post-recuerdos inventados con que la

memoria a veces nos engaña) que una tarde al volver del recreo el sol entraba por la ventana, el pasto lucía verde, los gorriones daban sus cortos sobrevuelos, la charla en el patio con mis amigos había sido amena, tenía a mano una buena lectura, y sólo restaba esperar la distribución de la cena para que un día perfecto concluyera. Y en ese momento insólitamente pensé (y lo he vuelto a recordar infinitas veces a lo largo de los años): "en este preciso instante soy feliz".

¿Cuánto tiempo llevamos en el pabellón? ¿Media hora, una hora? Alguien anuncia que las actividades programadas van a continuar y lentamente vamos saliendo. Me cuesta obligarme a salir, sé que es la última vez en mi vida que voy a ver esas paredes y esos barrotes que encerraron tantos de nuestros pensamientos, miedos, fantasías y nostalgias. A veces es imposible no recurrir al lugar común, y no sé expresarlo de otra manera que decir: si esas paredes hablaran... Estando en la cárcel escribí un pésimo cuento sobre un hombre que desarrolla el inusual poder de "ver" las memorias de otros contenidas en objetos antiguos, y así es capaz de sentir por ejemplo exactamente lo mismo que sintieron todos aquellos por cuyas manos pasó una vieja moneda romana. En el cuento, cada objeto lleva literalmente inscripto en sí los recuerdos de quienes lo tuvieron, y el hombre por supuesto termina apabullado ante tantos recuerdos ajenos que le toca revivir. Supongo que ya en aquel tiempo al escribir ese cuento me preguntaba lo mismo que hoy me cuestiono: ¿dónde van los recuerdos de las personas cuando ellas ya no están? Al tomar unos anteojos de lectura que usaba mi padre, hoy en un cajón, no puedo dejar de imaginar que de algún modo las palabras de todos los libros que sus ojos leyeron están contenidas, inscriptas en esos cristales. Tal vez por eso guardamos objetos de nuestro pasado y soñamos con que algún descendiente nuestro a su vez los conservará cuando muramos, con la vana esperanza de que lo vivido no desaparezca con nosotros. Si esas paredes hablaran... Es difícil creer que tantos sufrimientos pasados estén sólo en nuestras mentes, que los objetos no se contaminen de ellos. En una de estas celdas hubo un compañero loco que gritaba por las noches, después de pasarse un año entero en total aislamiento en los calabozos de castigo por haber insultado a un oficial; en otra, un compañero se suicidó rociándose con querosén y prendiéndose fuego. ¿Cómo pueden ser las paredes indiferentes a esas historias? Por eso, prolongo mi salida del pabellón y soy el último en cruzar la puerta de rejas, e incluso todavía me quedo unos segundos apoyado en ella mirando hacia el interior cuando ya está cerrada, tratando de fijar en los ojos esas paredes que son pero a la vez ya no son las del pasado.

Nos dirigimos al pabellón 4, ahora llamado Pabellón Universitario porque allí viven los presos que estudian en la universidad a distancia. Ellos han decidido colocar una placa en la entrada rindiendo homenaje a los presos políticos de los setenta, y por eso ahí es el siguiente acto. Uno de los organizadores invita a quien quiera hablar a hacerlo, y uno tras otro algunos ex presos se dirigen a la pequeña multitud. Los discursos son de tono emocionado y militante, casi heroico, con abundantes referencias a los actos de resistencia de los presos políticos y sus familiares, y con

recuerdos de aquellos que fueron asesinados; abundan las alusiones a las organizaciones guerrilleras e incluso un grupito canta el antiguo "Montoneros icarajo!". Me gustaría dirigirme a la gente para decir que debiéramos también recordar hoy a los compañeros que se suicidaron porque no resistieron, a los que se volvieron locos, a los que salieron tan afectados que nunca volvieron a militar, a los incontables "perejiles" que no estaban encuadrados en ninguna organización pero sufrieron las penurias de la cárcel igual que el resto, pero por timidez no me atrevo a pedir la palabra. Soy el único ex preso que parece venir de afuera (de hecho, no reconozco a nadie entre los organizadores del acto) y con algo de vergüenza me quedo apartado.



Salimos del sector de pabellones para dirigirnos a la peña folclórica que se hace en un salón de actos en la parte posterior de la cárcel, y mientras miro por una ventana enrejada hacia uno de los patios de recreo (idéntico a como eran entonces, con los mismos bancos de cemento donde nos sentábamos a charlar o jugar ajedrez cuando era permitido) un preso me grita algo desde una celda en el piso superior. No alcanzo a oír qué dice pero interpreto que me pregunta por la conmoción que se observa desde su sitio —el movimiento de gente, los periodistas con cámaras— y sacando una mano por entre las rejas le deletreo en el lenguaje de signos que todavía recuerdo: "e-x-p-r-e-s-o-s-p-o-l-í-t-i-c-o-s". Por unos segundos se queda petrificado porque no puede creer lo que ve: un hombre de mediana edad con pinta de funcionario o periodista, vestido

con ropas de calle y una cámara fotográfica al hombro, que insólitamente le habla en el tradicional lenguaje de los presos. Pero de pronto parece comprender, se le ilumina el rostro con una sonrisa, y me deletrea desde lejos: "s-u-e-r-t-e". Le respondo, "l-o-m-i-s-m-o-y-a-g-u-a-n-t-e", y él me despide con la mano. Siento que una inmensa barrera de décadas y de clases sociales se ha roto porque dos presos (quien lo fue una vez siempre de algún modo sigue siendo preso, por eso puedo despojarme por un instante del "ex") se han comunicado como siempre lo han hecho, con signos de las manos y burlando el control de los guardiacárceles. Yo y él no tenemos casi nada en común pero el lenguaje de las manos nos ubica en una misma condición, nos hace miembros de una misma cofradía exclusiva.

La concurrencia se va desperdigando. Me dirijo por el pasillo central hacia el portón de salida y paso por una puerta cerrada con candado arriba de la cual se lee "Locutorio". De pronto me acuerdo que aquí es donde teníamos las visitas con nuestros familiares antes de que se construyeran los crueles locutorios de vidrio que nos permitían vernos pero no tocarnos, con un sucio teléfono que olía a saliva y a partículas de comida. En este locutorio vi a mis padres por primera vez cuando volvieron de su exilio en España, a donde habían huido para protegerse de las amenazas de la policía; allí los vi y los abracé después de casi tres años sin contacto directo. También en este locutorio viví algo que ahora suena nimio pero que entonces me pareció una de las peores injusticias, cuando tras una visita familiar un oficial interpretó un imperceptible movimiento de labios que hice como un intento de hablar con un compañero, por lo que me castigó con seis días de aislamiento en los chanchos. (Los días en los chanchos son un recuerdo que prefiero no retomar aquí, pero ese asfixiante cubo oscuro y helado es para mí una de las más aptas representaciones del mal).

Salgo solo de la cárcel con la extrañeza de que nadie me pregunte nada, ningún guardia me pida identificación. Es demasiado sencillo salir. No sé si sus caras imperturbables expresan animadversión o simplemente indiferencia. Incluso uno a quien me dirijo en la oficina externa para que me pida un radiotaxi me parece hasta simpático. Ya en la calle, antes de subirme al taxi miro por última vez la placa con los nombres de los muertos, y aunque me parece que a los ojos de un muchacho que me observa se verá un poco cursi y de película, antes deirme paso los dedos por el nombre de Alberto Pinto. En quince o veinte minutos estoy en la terminal de ómnibus donde debo tomar el que me llevará de vuelta a Buenos Aires, pero en ese lapso alcanzo a contemplar las calles tranquilas y arboladas de La Plata. Es la primera vez que recorro esta ciudad que siempre asocié con los peores momentos de mi vida, ya que a pocos kilómetros de aquí, en City Bell, hice mi servicio militar obligatorio en 1975, y luego habité su cárcel entre 1978 y 1981. Pero el corto trayecto me sirve para reconciliarme con ella (o mejor dicho, con la imagen que de ella me he hecho a lo largo de los años ya que nunca la había visto) porque comprendo que La Plata no tiene la culpa de mis malos recuerdos. Y así, igual que me pasara antes con la cárcel, siento que me quito un

peso de encima porque el temible mago de Oz de mis fantasías se ha redimensionado y ha cobrado un aspecto normal, como esos muebles de nuestra infancia que en las sombras nocturnas parecían amenazantes monstruos, para revelarse luego a la luz del día como lo que eran: simples muebles.

(...)

Es martes 28 de marzo y regreso a casa. Se trata de un largo viaje que me da mucho tiempo para pensar. Repaso esa semana que he vivido como un verdadero parteaguas, y me vuelven a la memoria dos carteles entre los muchos que vi. Uno inmenso sobre el palco en Plaza de Mayo decía algo así como "30 años luchando por la vida para derrotar a la muerte", y pienso que son cientos de miles los que desde tan diferentes lugares y por tan diferentes razones no han querido (no han podido) ceder a la tentación del olvido. Otro que llevaban en alto un par de manifestantes decía simplemente "Vencimos", y siento que es verdad, que a pesar de la derrota que nos infligieron al imponernos a sangre y fuego un país opuesto al que soñábamos, a la larga vencimos porque no nos pudieron eliminar del todo. Es cierto que dolorosamente, tardíamente y sin dudas de modo muy incompleto, pero de algún modo vencimos.

El Cuáquero

(Extracto de la visita a la cárcel de La Plata, de un trabajo mas largo que se publica en este sitio)